

tás conmigo, y sabes que no tenías ninguna colocación; y además eres florentino. Por todas estas cosas me fio más de ti, y por verte muy devoto en los actos de la religión, lo cual es cosa que mucho me complace. Ruégote que me ayudes, pues no me fio mucho de ninguno de aquestos otros. Así, pues, te suplico que, en primer término, tengas cura de estas dos cosas, que me causarían enojo: Es la una, que guardes muy bien mis intereses, á fin de que no me los arrebaten; y así pues, no me los toques tú. Además, mira aquella pobre muchacha Catalina, la cual tengo principalmente para el servicio de mi arte, que sin ella no me podría valer; mas como soy hombre, la empleo en mis placeres carnales, y pudiera ocurrir que me hiciese un hijo; y como no quiero costear hijos de otros, mucho menos soportaría el que se me hiciese tal injuria. Si alguno de aquesta casa fuese tan osado que hiciese tal cosa, y yo me percatase de ella, tengo por cierto que mataría á la una y al otro. Por ese motivo te ruego, caro hermano, que me ayudes; y si ves algo dímelo en seguida, porque mandaré á la horca á ella, y á la madre, y á quien tal cosa hiciese. Por tanto, sé tú el primero en guardarte muy bien de ello.

Este bribón santiguóse con un signo de la cruz que le cogió desde la cabeza á los pies, y dijo:

—¡Jesús bendito! ¡Dios me guarde de pensar nunca en tal cosa! En primer lugar, por no ser yo dado á cosas tan feas; y además, ¿creéis que no conozco yo los grandes beneficios que os debo?

Viendo que me decía aquestas palabras con sencilla actitud y afabilidad hacia mí, juzgué que serían tan verdaderas como él decía.

XXIX.

Dos días después, viniendo una fiesta, Matías del Nazaro, italiano también él y servidor del rey, hombre habilísimo en la misma profesión, habíame invitado con mis oficiales á recrearnos en un jardín; por lo cual me dispuse, y dije también á Paulo que viniese al recreo para alegrarse con nosotros, pareciéndome haber aquietado un poco aquel fastidioso proceso mencionado. Este joven me respondió diciendo:

—En verdad que sería grande error dejar sola la casa de este modo; ved cuánto oro, plata y pedrería tenéis aquí; y estando en una ciudad de ladrones, preciso es guardarse de día como de noche; me quedaré para rezar ciertas oraciones mías mientras guardo la casa; andad con ánimo tranquilo á recrearos por largo tiempo, que otra vez hará otro aqueste oficio.

Así, pues, me fuí con tranquilidad de ánimo, juntamente con Paulo, Ascanio y el Chioccia á dicho jardín para recrearnos; y gran parte de aquel día lo pasamos alegremente. Comenzando á aproximarse la tarde, hacia el medio día me entró mal humor, y empecé á pensar en aquellas palabras que con fingida simplicidad habíame dicho aquel perverso. Monté en mi caballo, y

con dos servidores míos volé á mi castillo, donde encontré á Paulo y á la Catalina casi en el pecado; porque llegado que hube, la francesa alcahueta de la madre, dijo con grandes voces:

—Paulo, Catalina, que está aquí el amo.

Viendo venir á uno y á otro espantados, y acercándose á mí todos descompuestos, sin saber lo que decían ni por dónde andaban, como estúpidos, evidentemente conocíase que habían cometido pecado. Por eso, sobreponiéndose á la razón la ira, eché mano á la espada resuelto á matar á los dos: el uno huyó, y la otra arrojóse de rodillas en tierra, pidiendo á gritos misericordia al cielo. Yo, que primero hubiera querido dar al varón, no habiéndole podido coger al principio, cuando conseguí alcanzarle habíame serenado mientras tanto, comprendiendo que lo mejor para mí era echar á los dos de casa; pues con otras cosas que hiciese parecidas á las que había yo hecho antes, con dificultad hubiera yo salvado mi vida. Por ese motivo dije yo á Paulo:

—Si mis ojos hubiesen visto, infame, aquello que me haces creer, diez veces te pasaría la tripa con aquesta espada. Ahora márchate de mi vista, que si vuelves á decir el Padre Nuestro, será el de San Julián (1).

Después eché fuera á la madre y á la hija, á fuerza de empellones, coces y puñadas.

Pensaron vengarse de aquesta injuria; y consultando con un abogado Normando, les enseñó que dijese la

(1) Acerca del Padre Nuestro de San Julián, véase Boccaccio *Decamerone*, jornada II, novela II.

muchacha cómo había yo usado de ella contra su voluntad al estilo italiano, por el cual se entiende contra natura, ó sea con sodomía, diciendo:

—Por lo menos, así que aqueste italiano escuche tal cosa y sepa el gran peligro que corre, en el acto os dará muchos centenares de ducados, á fin de que no habléis de ello, considerando la gran penitencia que se lleva en Francia por aqueste tal pecado.

Así pues, quedaron de acuerdo, presentaron la acusación contra mí, y fui citado ante los tribunales.

XXX.

Cuanto más buscaba el reposo, tanto mayores mostrábanseme las tribulaciones. Ofendido á diario por la fortuna en diversos modos, comencé á pensar cuál debiera hacer de estas dos cosas: ó marcharme y dejar Francia enhorramala, ó combatir de veras aquesta batalla y ver para qué fin me había Dios creado.

Gran pieza estuve atribulado pensando en aquestas cosas; tomé por último la resolución de marcharme, por no querer probar tanto mi perversa fortuna que fuese en mi ruina; y cuando estuve dispuesto del todo y para todo, y hube dado los pasos para poner presto en seguro aquellos intereses que no podía llevar conmigo, mientras los otros más sutiles los acomodaría lo

mejor que pudiese para llevarlos encima yo y mis servidores, sin embargo, no dejaba de causarme gran disgusto el emprender tal viaje.

Hábame quedado solo en mi escritorio, pues dije á mis mancebos, quienes me habían confortado para que me partiese de allí, cómo era bueno que meditase yo un poco á solas, á pesar de conocer que decían ellos en gran parte la verdad; porque luego que me viese fuera de las prisiones y hubiese dejado calmar un poco aquesta furia, mucho mejor me podía excusar con el rey diciéndole por cartas cómo tales traiciones habían-melas hecho sólo por envidia. Y según llevo dicho, así me resolví á obrar. Y al moverme á ello sentí como si me cogiesen por un hombro y me diesen una vuelta, y una voz que dijo amistosamente:

—Bienvenido, haz lo que acostumbras y no tengas miedo.

En el acto seguí contrario parecer de aquel á que me había resuelto, y dije á mis juvenes italianos:

—Coged buenas armas, venid conmigo, obedeced cuanto os dijere, y no penséis en otra cosa, porque quiero comparecer; si yo me partiese de aquí, al otro día quedaríais todos disipados en humo; así pues, obedecedme y venid conmigo.

Todos aquellos jóvenes, dijeron de común acuerdo:

—Puesto que aquí estamos y vivimos de lo vuestro, debemos ir con vos y ayudaros, á fin de que salga bien lo que nos propongáis, porque lo que nos habéis dicho es mucha más verdad de lo que nosotros pudiéramos

creer; en seguida que os viesen fuera de aqueste lugar, vuestros enemigos nos harían poner á todos en la calle. Consideremos bien las grandes obras que hay aquí principiadas, y de cuán grande importancia son: nosotros no somos capaces de acabarlas sin él, y sus enemigos dirían que se había ido por no tener ánimos para dar término á estas empresas tales. Además de estas, dijeron muchas palabras de importancia. —Aquel joven romano de los Macaroni fué el primero en dar ánimo á los otros; también llamó á algunos de aquellos tudescos y franceses que me querían bien. Eramos diez entre todos; tomé el camino, con la firme resolución de no dejarme apresar vivo.

Llegado que hube á presencia de los jueces de lo criminal, encontré á dicha Catalina y su madre; llegué precisamente cuando se reían con un abogado suyo. Penetré dentro, y con valor pregunté por el juez, que inflado de grande y gordo, levantábase sobre los demás encima de un estrado. Al verme aquel hombre, amenazando con la cabeza, dijo en voz baja:

—Aun cuando te llamas de nombre Bienvenido, aquesta vez serás mal venido.

Yo lo entendí, y repliqué otra vez diciendo:

—Despachadme presto; decidme qué he venido á hacer aquí.

Entonces el mencionado juez volvióse hacia Catalina, y la dijo:

—Catalina, dí todo lo que te ha ocurrido con Bienvenido.

La Catalina dijo que había yo usado de ella al estilo de Italia. Volvióse el juez hacia mí, y dijo:

—Ya oyes lo que dice la Catalina, Bienvenido.

—Si yo hubiese entrado con ella al estilo italiano, hubiéralo hecho sólo por el deseo de tener un hijo, lo mismo que lo haceis vosotros, contesté.

Entonces el juez replicó diciendo:

—Quiere decir que has entrado á ella fuera del vaso donde se hacen hijos.

A esto repliqué cómo aquél no era el estilo italiano, antes debía de ser el estilo francés, puesto que ella lo sabía y yo no; y que yo quería que dijese el modo preciso que había yo tenido de obrar con ella.

Esta bribonzuela p..., malvadamente dijo al descubierta y con claridad el feo modo que ella quería manifestar. Yo se lo hice asegurar tres veces una tras otra; y hecho que lo hubo, exclamé en alta voz:

—Señor juez lugarteniente del rey cristianísimo, os pido justicia, porque sé que las leyes del cristianísimo rey para tal pecado ordenan el fuego al agente y al paciente; ésta confiesa su pecado, mas yo no la he conocido por ningún estilo, y aquí está la alcahueta de su madre que por uno y otro delito merece el fuego; os pido justicia.

Y aquestas palabras repetía con mucha frecuencia y en alta voz, pidiendo siempre la hoguera para ella y para la madre, diciendo al juez que si no la metía presa en mi presencia, acudiría yo al rey para decirle la injusticia que me hacía un lugarteniente criminal suyo.

Al oír ellas mi gran ruido, comenzaron á ahogar las voces; entonces la alzaba yo más; la p... echóse á llorar juntamente con la madre, y yo daba gritos al juez:

—Fuego, fuego.

Aquel gran bellaco, visto que la cosa no pasó de la manera como él había imaginado, comenzó con más dulces palabras á excusar al débil sexo femenino. Al ver esto, púseme á considerar que me parecía haber ganado una gran batalla, y gruñendo y amenazando marchéme contento; en verdad que hubiera pagado quinientos escudos por no haber comparecido nunca allí.

Habiendo salido de aquel piélagó, con todo el corazón dí gracias á Dios y partíme de allí gozoso con mis jóvenes á mi castillo.

XXXI.

Quando la perversa fortuna, ó si queremos decirlo con verdad, nuestra contraria estrella, da en perseguir á un hombre, no le faltan nuevos modos que emplear contra él.

Parecíame haber salido de un imponderable piélagó y pensaba que por algún corto tiempo hubiera de dejarme en paz aquesta mi maligna estrella, cuando antes de recobrar alientos por aquel inestimable peligro, lanzóme ésta á otros dos de pronto. En el término de tres días me ocurrieron dos casos, en cada uno de los cuales estuvo mi vida en el fiel de la balanza.

Y fué que yendo á Fontainebleau para hablar con el rey (quien me había escrito una carta cómo quería que le hiciese los punzones de las monedas de todo su reino, y con esa carta me había mandado algunos dibujitos para mostrarme parte de sus deseos; y como me daba licencia para que hiciera yo todo lo que me pluguiese, había hecho nuevos dibujos conforme á mi parecer y á la belleza del arte), así que llegué á Fontainebleau ví á uno de aquellos tesoreros que tenían del rey encargo de pagarme (llamábase monseñor de la Fa), quien me dijo en el acto:

—Bienvenido, el pintor Bologna ha recibido del rey comisión de hacer vuestro gran coloso, y todos los encargos que nuestro rey nos había dado para vos, todos os los ha quitado y se los ha dado á él. A nosotros nos ha sabido muy mal, pareciéndonos que ese paisano vuestro italiano muy temerariamente se ha conducido con respecto á vos; porque habíais logrado ya la obra por mérito de vuestros modelos y de vuestros trabajos, mientras que él os la quita sólo por el favor de madama de Etampes; y hace ya muchos meses que ha obtenido tal comisión, sin que aún se haya visto que dé órdenes para nada.

Asombrado yo, dije:

—¿Cómo es posible que no haya sabido hasta ahora yo nada de esto?

Entonces me contestó cómo aquél habíalo tenido muy en secreto, y que lo había logrado con grandísima dificultad, porque el rey no se lo quería dar; mas la soli-

citud de madama de Etampes era lo único que se lo había hecho conseguir. De aqueste modo me ví herido con tanta sin razón; y viendo que se me quitaba una obra, la cual habíame yo conquistado con grandes fatigas, dispuesto á hacer al momento alguna gran cosa, con las armas afiladas me fuí en busca del Bologna.

Le encontré en su habitación y en sus estudios; llamé adentro, y con ciertas maneras suyas lombardas, me dijo qué buen asunto me había llevado allí. Y yo le contesté:

—Un asunto muy bueno y grande.

Este hombre dispuso que sus servidores llevasen de beber, y dijo:

—Antes de que hablemos de nada, quiero que bebamos juntos, que así es costumbre en Francia.

A lo cual entonces repliqué yo:

—Señor Francisco, sabed que las conversaciones que tenemos que entablar juntos no requieren beber antes; quizá después pudiera beberse.

Comencé á hablar con él, diciendo:

—Todos los hombres que hacen profesión de ser honrados tienen tales obras, que por ellas se conoce que son hombres de bien; mas si obran al contrario, ya no merecen el nombre de personas honradas. Sé cómo sabéis que el rey habíame encargado de hacer aquel gran coloso, del cual veníamos hablando diez y ocho meses hace, y ni vos ni otro alguno habíase adelantado á decir nada acerca de esto; por lo cual, con mis grandes trabajos habíame dado á conocer al

gran rey, quien, placiéndole mis modelos, esta grande obra habíame encomendado que hiciera. Hace muchos meses que no he sabido nada en contra; sólo llegué á saber aquesta mañana que vos habéisla logrado y quitádomela á mí. Esa obra la conquisté con mis portentosos hechos, y vos me la arrebatáis sólo con vuestras vanas palabras.

XXXII.

El Bologna respondió á esto diciendo:

—Bienvenido, cada uno trata de hacer su negocio de todos los modos que se pueda; si el rey lo quiere así, ¿qué tenéis que replicar? Perderíais el tiempo, porque yo he tenido el encargo y es mío. Ahora, decid qué es lo que queréis, y os escucharé.

—Sabed, señor Francisco, contesté, que tendría que deciros muchas palabras por las cuales con admirable y verdadera razón os haría yo confesar que tales maneras como aquestas que vos habéis empleado y referido, no se acostumbran entre los animales racionales; por ese motivo vendré presto con breves palabras al punto de la conclusión; mas aguzad las orejas y oidme bien, porque os importa.

Quiso levantarse de su asiento, porque me vió encendido el rostro y grandemente alterado; dije que aún no era tiempo de moverse, que continuara sentado y me escuchase. Entonces comencé diciendo así:

— Señor Francisco, ya sabéis que la obra era antes

mía y que por todas las razones del mundo había pasado bastante tiempo para que nadie debiese hablar más de ello; ahora os digo que me conformo con que hagáis un modelo, y yo, aparte de aquel que hice, haré otro; luego, sin hablar, los llevaremos á nuestro gran rey, y quien por ese medio conquiste el lauro de haber trabajado mejor, ese meritoriamente será digno del coloso; y si á vos toca hacerlo, olvidaré toda aquesta grande injuria que me habéis hecho, y os besaré las manos como más dignas que las mías de tanta gloria. Por tanto, dejemos las cosas así y seremos amigos, pues de otro modo seremos enemigos. Dios ayuda siempre á la razón; y yo, que la abro calle, os mostraré en cuán grande error habéis estado.

—La obra es mía, dijo el señor Francisco, y puesto que se me ha dado, no quiero poner lo mío en tela de juicio.

—A esto respondo yo, señor Francisco, que puesto que no queréis seguir el buen camino, como es justo y razonable, yo os mostraré aqueste otro, el cual será feo y desagradable como el vuestro. Así, pues, os digo que si vuelvo á oír jamás que habláis en manera alguna de aquesta mi obra, en el acto os mataré como á un perro. Y como no estamos en Roma, ni en Bologna, ni en Florencia (que aquí se vive de otro modo), si sé alguna vez que habláis al rey ó á cualquier otro de ello, os mataré de cualquier manera. Pensad qué camino vais á seguir, si aquel bueno que primero os dije, ó si este último malo que os digo.

Aqueste hombre no sabía qué decir ni qué hacer, y yo estaba más dispuesto á hacer de buena gana entonces lo que decía, que á dejar pasar tiempo alguno de por medio. El mencionado Bologna sólo replicó estas palabras:

—Cuando yo hago las cosas que debe hacer un hombre de bien, no tengo el más mínimo miedo del mundo.

—Bien habéis dicho, le contesté; mas como hicieréis lo contrario tened miedo, porque la cosa os importa.

Enseguida partíme de él. Fuí á ver al rey y departí con Su Majestad una buena pieza sobre hacerle las monedas; en lo cual no estuvimos muy de acuerdo, porque estando presente su Consejo, trataban de persuadirle de que las monedas debían hacerse al estilo de Francia y tal como se habían hecho hasta aquel tiempo. A eso respondí cómo Su Majestad me había hecho venir de Italia á fin de que yo le hiciese obras que estuvieran bien; y si Su Majestad me mandase lo contrario, no tendría yo ánimos para hacerlas. Se aplazó esto para hablar de ello otra vez, y enseguida tornéme de allí á París.

XXXIII.

No hice más que apearme del caballo, cuando una buena persona de aquellas que tienen gusto en comunicar cosas malas, vino á decirme cómo Pablo Micceri

había tomado una casa para aquella p.... de la Catalina y para su madre, y que continuamente tornábase aquí, y al hablar de mi persona, decía siempre con mofa:

—Bienvenido había dado á guardar la lechuga al ganso y pensaba que yo no me la comiese; mas ahora va echando bravatas y cree que le tengo miedo; me he puesto en el cinto aquesta espada y un puñal para hacerle ver cómo corta mi espada también, que soy florentino como él, de los Micceri, mucho mejor casa que la suya de los Cellini.

El pícaro que me llevó tal embajada, me la dijo con tanta eficacia, que en el acto sentí acometerme la fiebre (digo fiebre sin que sea comparación). Y como quizá me hubiese muerto de tan atroz padecimiento, tomé como remedio dar aquel desahogo que correspondía en tal ocasión, y conforme al impulso que dentro de mí sentía. Dije á aquel ferrarés, ayudante mío, que se llamaba el Chioccia, que viniese conmigo; é hice que detrás un sirviente llevase mi caballo.

Llegado que huje á la casa donde estaba aquel mentecato, encontré la puerta entornada y me metí dentro; le ví que tenía al cinto la espada y el puñal, estaba sentado sobre un arcón y echaba un brazo al cuello de la Catalina; al punto de llegar escuché cómo él burlábase de mi caso con la madre de ella. Empujé la puerta al mismo tiempo que eché mano á la espada, le puse al cuello la punta de ésta, sin haberle dado tiempo para acordarse de que también él tenía espada, y le dije de pronto:

—Vil bellaco, encomiéndate á Dios, que eres muerto. Convencido a queste de ello, dijo tres veces:

—¡Oh, mamá mía; ayudadme!

Yo, que tenía verdaderas ganas de matarle, al oír palabras tan necias, pasóseme la mitad del enojo. Mientras tanto había dicho á aquel oficial mío el Chioccia cómo no dejase salir á ella ni á la madre, porque si á él quería atravesarle, otro tanto mal deseaba hacer á aquellas dos p....

Teniendo continuamente apoyada la punta de la espada en el pescuezo de Paulo (á quien en verdad pinchaba un poco), y diciéndole siempre pavorosas palabras, al ver luego que él no intentaba la más mínima defensa del mundo, no sabía yo qué hacer; y como parecíame que no iba á tener término aquella escena, ocurrióseme la idea menos mala de hacerlos desposarse, con la intención de proseguir después mi venganza. Resuelto á ello, dije:

—Bellaco, sácate ese anillo que tienes en el dedo y despósala, á fin de que pueda yo ejecutar luego la venganza que mereces.

Inmediatamente contestóme aquél:

—Con tal de que no me matéis, haré cualquiera cosa.

—Pues entonces, dije, ponla el anillo.

Separándole un poco la espada de la garganta púsole aquél el anillo, y añadí yo:

—Esto no basta, pues quiero que se vaya por dos notarios para que tal cosa pase por contrato.

Enviado el Chioccia por los notarios, me volví en

seguida hacia ella y su madre, y dije hablando en francés:

—Aquí vendrán los notarios y otros testigos; la primera de vosotras á quien oiga hablar ni una palabra sobre esto, en el acto la mataré y os mataré á todos tres; con que así, tened juicio.

A él le dije en italiano:

—Si replicas algo á todo lo que yo proponga, á la más mínima palabra que dijese, he de darte tantas puñaladas, que te haré arrojar todo lo que tengas en las tripas.

—Bástame, respondió, con que no me matéis, y yo haré aquello que sea vuestra voluntad.

Llegados los notarios y los testigos, hizose un contrato auténtico é irrecusable; se me pasaron la ira y la fiebre. Pagué á los notarios y partíme de allí. Al otro día vino á París á posta el Bologna y me hizo llamar por Matías del Nazaro; fui á ver al referido Bologna, quien con afable rostro salió al encuentro rogándome que le tuviese por buen hermano y jamás le hablara de tal obra, pues muy bien comprendía cómo la razón estaba de mi parte.

XXXIV.

Si en algunos de estos accidentes míos no dijese yo conocer que había obrado mal, aquellos otros en que conociese haber obrado bien no serían creídos como

ciertos; por ese motivo confieso haber cometido un error en quererme vengar tan malamente de Paulo Micceri.

Bien que si hubiese pensado yo que era él un hombre tan débil, jamás hubiéraseme ocurrido la idea de una tan vituperable venganza como realicé. Y fué que no sólo no me conformé con haberle hecho tomar por mujer una p..... tan corrompida, sino que además, para acabar el resto de mi venganza la mandé llamar luego y la tuve por modelo, dándola treinta sueldos diarios y haciéndola estar desnuda. La primera cosa que quería es que la diese yo antes sus dineros; la segunda, era pedir que la hiciese dar buena colación; en tercer lugar, por venganza usaba yo de ella, echándola en cara y á su marido los diversos cuernos que á éste le poníamos; en cuarto lugar, hacía yo que estuviese quieta con gran molestia muchas horas, lo cual fastidiábala tanto cuanto á mí me recreaba, porque era de hermosísimas formas y me hacía muy grande honor.

Y como la pareciese que no tenía yo con ella la discreción que tenía antes de que fuese casada, era esto para ella un gran disgusto y comenzaba á gruñir; y en aquel estilo suyo francés prorrumplía en frases de queja alegando tener marido, quien estaba con el prior de Capua, hermano de Pedro Strozzi (1).

Según llevo dicho, ella alegaba aqieste su marido; y tan pronto como la oía yo hablar de él, entrábame en

(1) León, hijo de Felipe Strozzi.

el acto un imponderable enojo; sin embargo, mal que bien, me lo aguantaba lo mejor que sabía, considerando que para mi arte no podía yo encontrar cosa más apropósito que ella; y decía para mí:

—Aquí ejecuto dos diversas venganzas: una por ser mujer casada, que estos no son cuernos vanos como eran los suyos cuando era mi querida; por este motivo si empleo contra él venganza tan considerable, y contra ella también tamaño ultraje haciéndola estar aquí con tal incomodidad, que, aparte del placer, me resulta gran honor y sumo provecho, ¿qué más puedo desear?

Mientras echaba yo estas cuentas, aquella pícara multiplicaba sus palabras injuriosas hablando siempre de su marido, y tanto hacía y decía, que me sacaba de quicio; y llenándome de cólera la cogía por los cabellos y la arrastraba por la estancia, dándola de coces y puñadas hasta rendirme.

Allí no podía entrar nadie en su socorro. Después de haberla molido muy bien, juraba ella no volver más á verme; por eso la primera vez me pareció haber obrado muy mal, porque me parecía que iba á perder una ocasión admirable para mi renombre de artista. Además, la veía toda lacerada, lívida é hinchada; y pensaba que si había de volver ella, era necesario hacerla medicar durante quince días antes de que me pudiera valer de ella.

XXXV.

Mandaba para que la ayudase á vestir una criada mía, quien era una mujer vieja y muy afable, llamada Roberta, y llevándose á la bribonzuela, de nuevo la llevaba de comer y beber; después la ungió con un poco de grasa de tocino frito aquellos golpes que la había dado, y el resto de la grasa que sobraba se lo comían juntas.

Después de vestirse, íbase blasfemando y maldiciendo á todos los italianos y al rey que consigo los tenía; de esta suerte iba gimiendo y llorando hasta su casa. En verdad que la primera vez me pareció haber obrado muy mal, y mi criada Roberta me reprendió, diciendo:

—Sois bien cruel en golpear tan ásperamente á una criatura tan hermosa.

Al quererme excusar con Roberta refiriendo las bribonadas que ella y su madre hubieron de hacerme cuando estaban conmigo, la Roberta me regañó diciendo que aquello no valía nada, porque era costumbre de Francia, y que sabía muy de cierto cómo en Francia no había marido alguno que no tuviese sus correspondientes cuernos.

Al oír estas palabras, moviéronme á risa y luego dije á la Roberta que fuese á ver cómo estaba Catalina, por que hubiera tenido gusto en poder acabar aquella obra

mía sirviéndome de ella. Mi criada Roberta me reprendió diciéndome que yo no sabía vivir.

—Apenas se haga de día vendrá aquí por su propio impulso; al paso que si enviáseis á llamarla ó visitarla, se engrandecería tanto, que no querría venir.

Llegado el día siguiente vino á mi puerta la Catalina, y con gran estrépito llamó; de suerte que, estando yo abajo, corrí á ver si era un loco ó alguien de casa.

Al abrir la puerta, aquella tonta se me echó riendo al cuello, abrazóme y besóme, y me preguntó si aún estaba enfadado con ella. Al contestarla que no, me dijo:

—Pues entonces, dame bien de comer.

La dí bien de comer y comí con ella para firmar las paces. Después me puse á retratarla, y en el intermedio ocurrieron los goces carnales; después, á igual hora del día pasado, tanto me aguijoneó, que hube de darla los mismos golpes; así estuvimos muchos días haciendo diariamente todas estas mismas cosas, como por un patrón apenas invariable.

Mientras tanto, habiendo aprovechado muchísimo y habiendo concluído mi figura, hice los preparativos para fundirla en bronce; empresa en que tuve algunas dificultades que serían muy buenas de narrar por los accidentes del arte; mas como me llevarían demasiado lejos, las pasaré por alto. Baste saber que mi estatua resultó muy bien, y fué el más hermoso vaciado que se hubiera hecho.